

Reseña.

Crítica de la razón melancólica. Reseña de Mark Fisher, Los fantasmas de mi vida.

Renata Prati.

Cita:

Renata Prati (2018). *Crítica de la razón melancólica. Reseña de Mark Fisher, Los fantasmas de mi vida.* Reseña.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/renata.prati/16>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pGDk/AxV>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Crítica de la razón melancólica

Reseña de Mark Fisher, *Los fantasmas de mi vida. Escritos sobre depresión, hauntología y futuros perdidos*, trad. Fernando Bruno, Caja Negra, Buenos Aires, 2018, pp, 288.



Los fantasmas de mi vida, el tercer libro de Mark Fisher traducido al castellano por la editorial argentina Caja Negra, se compone de una veintena de artículos y ensayos, bien organizados en cuatro partes, que abordan temas y géneros diversos. El escritor, docente, editor, crítico musical y teórico cultural, fallecido en 2017, ofrece allí reflexiones en torno a problemas de diversa índole. Si bien el libro puede ser leído perfectamente ya como una continuación de su *Realismo capitalista*, ya como una contribución a sus escritos de crítica musical y cultural, en mi opinión se trata todavía de algo más; se trata, ante todo, de un libro que resiste las clasificaciones fáciles, y que destila una singular y oscura lucidez.

El hilo conductor de los artículos, que sobrevuela los distintos terrenos que estos recorren, es por supuesto el que ha acechado a su autor, como lo confiesa en el primer ensayo, durante la mayor parte de su vida: el fantasma de la depresión (p. 57). En esta lectura, no me ocuparé de los objetos culturales que Fisher analiza (canciones, bandas, series, películas, libros), sino que me concentraré en su hilo conductor; así, mi propio hilo conductor será aquí una suerte de lucidez melancólica, cierta razón depresiva, que entenderé como motor de sus reflexiones. Esta razón melancólica es, en primer lugar, ambigua; a la vez una crítica de la melancolía y una crítica desde la melancolía, una crítica política de las causas y los efectos del “tono depresivo” que parece caracterizar nuestra época, y al mismo tiempo una crítica que nace desde las entrañas de la depresión, que procura escucharla y aprender de ella. Siguiendo el hilo de esa razón melancólica y su crítica, me propongo aquí destacar y enhebrar algunos motivos de este libro.

El primer motivo es la cuestión de un cierto tono epocal, “el espíritu depresivo de *nuestro* tiempo” (p. 87), que se aborda en el primero de los ensayos. Luego del anunciado fin de la historia, tras el fracaso de la teleología neoliberal, lo que queda hoy, como dice Fisher retomando a Franco “Bifo” Berardi, es la experiencia del vacío, la pérdida de la posibilidad misma: “no solo el futuro no ha llegado, sino que ni siquiera parece posible” (p. 48). Se trata, a todas luces, de una reformulación de la tesis central de *Realismo capitalista*, según la cual el eslogan “no hay alternativa” tiene hoy un peso ontológico incalculable: no hay alternativa porque es imposible hasta *imaginar* una alternativa (Fisher, 2016: 22). Esta clausura del futuro tiene varias dimensiones y consecuencias, pero lo que importa aquí, para la cuestión de la depresión, es que, en las condiciones de flexibilidad y precarización exacerbadas del capitalismo financiero del siglo XXI, toda expectativa y toda esperanza a largo plazo se han vuelto inconcebible. Esta experiencia del

tiempo –experiencia deficitaria, amputada, patológica pero no por eso individual– tiene que ver también con otros motivos que aparecen a lo largo del libro, como la revolución digital, la aceleración de la vida, y las transformaciones en los vínculos interpersonales en la era del *smartphone*. Las tele-tecnologías “colapsan tanto el espacio como el tiempo” (p. 46); la crisis de la experiencia temporal tiene un correlato en la experiencia espacial, en la sensibilidad y el tacto, en la relación con los otros. No solo no hay mañana, sino que tampoco hay afuera, puesto que todos los espacios, hasta los más íntimos, han sido conquistados por el mercado; y también porque, con el auge de la conectividad digital, “el espacio exterior comenzó a ser abandonado, patologizado y cercado” (p. 199). Nuestro tiempo sería así uno de futuros perdidos y soledad conectada; tras la ilusión de la posibilidad absoluta, de una conectividad sin barreras y en todo momento, lo que se fortalece cada vez más es la desesperanza y el aislamiento.

La cultura en la que vivimos, y que Fisher describe aquí, es entonces “una cultura que ha perdido su confianza, no solo en que el futuro será bueno, sino en que algún tipo de futuro sea posible” (p. 83), en suma, una cultura fundamentalmente deprimida y depresiva. Un segundo motivo que atraviesa en estos ensayos tiene que ver con la conexión entre el sufrimiento individual y la dimensión colectiva, es decir, con la necesidad de hacer manifiestos los vínculos entre malestar personal y estructuras suprapersonales o impersonales. La tematización de esta conexión, estrictamente hablando, no es nueva; pero en el paisaje actual, tan dominado por narrativas de medicalización y “autotransformación heroica” (p. 130), parece tener una urgencia y un sentido renovados. La tristeza no es nunca mera ni completamente individual; el sentimiento de ser “bueno para nada” no crece *ex nihilo* en la vida solitaria de la consciencia, sino que se origina, al menos en parte, en procesos culturales, sociales,

económicos y políticos, y luego se ve también sobredeterminado por ellos. Cuando ya no hay instituciones o esperanzas que contengan, el recurso al voluntarismo mágico, al ideal de autosuperación heroica, parece ser la única alternativa: "sálvese quien pueda". El hecho de que la responsabilidad recaiga empero en el individuo no es casual, sino que refuerza el malestar con un sentimiento moral de culpabilidad; continuando con las reflexiones sobre la privatización del estrés en *Realismo capitalista*, Fisher tematiza aquí la manera en que la actual "ética capitalista del trabajo" actualiza el antiguo vínculo entre depresión y haraganería, y cómo la felicidad aparece cada vez más como un mandato y un verdadero "trabajo" (p. 174).

Fisher sostiene que su "respuesta a la vieja frase de que 'lo personal es político' ha sido buscar las condiciones (culturales, estructurales y políticas) de la subjetividad", y afirma que el "modo más productivo" de hacerlo hoy es reescribiendo la vieja frase como "lo personal es impersonal" (p. 56). Este desplazamiento conceptual, desde lo político hacia lo impersonal, provoca por un lado una desestabilización del concepto tradicional de lo político, una sacudida muy necesaria en tiempos de realismo capitalista (lo político, como impersonal, pasa a abarcar estructuras mucho más diversas e inasibles que las de la *Realpolitik*); pero también, por otro lado, una puesta en cuestión de la idea de lo personal. Que lo personal es impersonal significa, una vez más, y entre otras cosas, que el sufrimiento subjetivo no es nunca del todo individual; en particular, que "muchas formas de depresión son mejor entendidas –y mejor combatidas– a través de marcos que son impersonales y políticos más que individuales y 'psicológicos'" (p. 279).

"Mejor entendidas" y "mejor combatidas" nos lleva, finalmente, al último motivo que quisiera recuperar aquí; me refiero al motivo de una cierta relación

entre depresión y verdad, y a lo que esta suerte de lucidez melancólica pueda enseñarnos acerca de cómo combatir el tono depresivo de la época. Cuando se refiere al fracaso, o a la renuncia, de la música y del arte en general en su viejo propósito de cambiar el mundo, Fisher dice que predomina allí “un cierto tipo de ‘sabiduría’ depresiva” (p. 124). Quizás en sus escritos se vislumbre otro tipo de una sabiduría depresiva; quizás haya al menos dos tipos de esa razón oscura: por un lado, sí, el reflejo e incluso la aceptación de ese tono epocal; pero también, por el otro, una posición privilegiada desde la cual entenderlo y combatirlo. “El depresivo, completamente dislocado del mundo, está en una mejor posición para experimentar la destitución subjetiva que alguien que piensa que en el orden actual hay algún tipo de hogar que todavía puede ser preservado y defendido” (p. 272). Esta dislocación quizás no sea otra que la lucidez casi “metafísica”, por retomar las palabras de Julia Kristeva sobre su propia depresión (2013: 10), de quien puede ver y criticar el mundo tal cual es, porque ha cortado o perdido todo lazo de pertenencia a él. Esta posición extrínseca es también aquello a lo que puede o debe aspirar la crítica cultural: la “cultura, y el análisis de la cultura, son valiosos en tanto nos permiten escapar de nosotros mismos” (p. 57).

En ese sentido, junto con la valoración de esta posición dislocada, puede entenderse también el llamado que hace Fisher, tanto aquí como en *Realismo capitalista*, a escuchar, recuperar, externalizar y colectivizar la negatividad de la depresión, ese sufrimiento cada vez más aislado, estigmatizado, biologizado, medicalizado y privatizado. Sobre estos problemas tratan especialmente los ensayos de la cuarta parte de *Los fantasmas de mi vida*, “Depresión y resentimiento de clase” (sección añadida en la edición en castellano), por ejemplo, cuando Fisher reivindica –retomando un artículo de Owen Hatherley– un cierto tipo de resentimiento, uno que permita externalizar la negatividad e identificar el frente de

batalla. Cabe señalar, sin embargo, que este llamado no es ingenuo, y que no se trata aquí de un romanticismo a la ligera. En estos textos Fisher es plena y dolorosamente consciente de lo que implica el sufrimiento psíquico –lo que duele, valga la redundancia, lo que cuesta, lo grave de sus consecuencias–, y en otro lugar destaca también la necesidad de mejores políticas de salud mental (Fisher, 2012). No se trata de un romanticismo ingenuo, además, porque Fisher es consciente del “sombrio solipsismo” que se apodera de quien sufre de una depresión. Pero la visibilización de la dimensión colectiva, externa, impersonal de ese sufrimiento, y la externalización como una reversión de la privatización afectiva, pueden tener también, ante todo, la capacidad de aliviar el dolor. La externalización de esa negatividad puede ayudar, y la escritura puede ser una de esas herramientas para externalizar la negatividad, “para atravesar esa condición” (p. 57). En “Bueno para nada”, el breve y potente ensayo con el que se cierra el libro, Fisher dice:

Escribir sobre la propia depresión es difícil. La depresión está en parte constituida por una desdeñosa voz “interior” que te acusa [...], y esa voz tiende a despertarse cuando se hace pública la condición. Por supuesto, no se trata para nada de una voz “interior”: es la expresión internalizada de fuerzas sociales reales, algunas de las cuales tienen un interés particular en negar cualquier conexión sobre depresión y política. (p. 280)

El deprimido es en estos textos, en suma, una figura en tensión, ambivalente, *unheimlich*. En cierto sentido, el deprimido es el espectro que habita, a lo largo del libro, los diferentes análisis de producciones culturales y coyunturas sociopolíticas. Porque el “proyecto de individualización forzosa nunca puede ser completo” (p. 206), porque siempre resta (al menos) un fantasma, y porque lo que hace falta para convocarlo quizás ni siquiera sea tanto: “basta con que dos o más personas se

reúnan" (p. 131). Retomando lo que Agamben decía del acidioso medieval, quizás hoy sea el deprimido quien "da testimonio de la oscura sabiduría según la cual solo para quien ya no tiene esperanza ha sido dada la esperanza" (Agamben, 1995: 35).

El concepto de *hauntología*, que Fisher toma más o menos directamente de Jacques Derrida,⁶⁵ viene pues a complementar –y a redoblar incluso– su idea de "realismo capitalista". Cuando Fisher reflexiona sobre las *raves*, en "Rayos solares barrocos", aclara que no las piensa como un retorno del precapitalismo, sino como el acecho de un cierto "espectro del poscapitalismo" (p. 201). La imposibilidad de siquiera imaginar una alternativa al capitalismo lleva en sí siempre, por supuesto, el fantasma de su reverso; el realismo capitalista se ve asediado por el espectro de lo perdido, que no es aquí el pasado (no es simple nostalgia) sino lo por venir. Las producciones culturales depresivas que Fisher analiza en *Los fantasmas de mi vida* no reflejan o repiten de manera simple el espíritu de su tiempo; por el contrario, al mismo tiempo lo niegan, en la medida en que dan cuerpo al "rechazo a acomodarse a los horizontes cerrados del realismo capitalista" (p. 48), en que ponen en escena al espectro de lo que todavía podría llegar a ser.

Bibliografía

- Agamben, G., (1995) [1977]. *Estancias. La palabra y el fantasma en la cultura occidental*, trad. T. Segovia, Valencia: Pre-Textos.
- Derrida, J., (1995) [1993]. *Espectros de Marx. El Estado de la deuda, el trabajo de duelo y la nueva Internacional*, trad. J. M. Alarcón y C. de Peretti: Madrid,

⁶⁵ Si bien la traducción castellana del neologismo derridiano *hantologie* suele ser "fantología" o "espectrología", aquí se justifica la diferencia en la traducción para indicar que Fisher retoma el concepto, en parte directamente de Derrida, y en parte a través –y como permeado por– su uso en la crítica musical. Cabe aclarar, sin embargo, que la traducción al inglés del término derridiano sí es el que usa Fisher, *hauntology*. Véanse al respecto Derrida (1995: 24, y nota de los traductores en la misma página) y, en el libro reseñado, los desarrollos de Fisher en pp. 42-48, así como la nota del traductor al castellano en p. 42.

Reseñas
Renata Pratti

Trotta.

- Fisher, M., (2012). "Why mental health is a political issue", *The Guardian*, 16/7/2012. Última consulta: 28/6/2018.
- Fisher, M., (2016). *Realismo capitalista. ¿No hay alternativa?*, trad. C. Iglesias, Buenos Aires: Caja Negra.
- _____ (2018). *Los fantasmas de mi vida. Escritos sobre depresión, hauntología y futuros perdidos*, trad. F. Bruno, Buenos Aires: Caja Negra.
- Kristeva, J., (2013) [1987]. *Sol negro. Depresión y melancolía*, trad. V. Goldstein, Buenos Aires: Waldhuter.

Renata Prati
UBA - CONICET
rprati@filo.uba.ar

Recibido: 20/05/2018
Aprobado: 17/09/2018